

---

# Mendocina

Javier de Viana

---

**textos.info**

biblioteca digital abierta

## **Texto núm. 7873**

---

**Título:** Mendocina

**Autor:** Javier de Viana

**Etiquetas:** Cuento

---

**Editor:** Edu Robsy

**Fecha de creación:** 31 de octubre de 2022

**Fecha de modificación:** 31 de octubre de 2022

---

Edita **textos.info**

---

**Maison Carrée**

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

---

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

# Mendocina

En el fondo de un zanjón cuyos bordes semejan los cárdenos labios de una herida se enverdece un mísero filete de agua, bien escondido entre ásperas masiegas, sin duda para evitar la codicia de la inmensa llanura devorada por la sed.

Tras un bosquecillo de chañar —donde los troncos dorados parecen lingotes de oro sosteniendo negra ramazón de hierro,— luce una joven alameda, que presta sombra a la finca, deteniendo en parte la incesante llovizna de arenas finísimas que los vientos recogen de la pampa.

El edificio, bajo, con muros de *adobones* con techos de caña embarrada, con su color gríseo —un extraño color de mulato enfermizo,— presenta un no sé qué de triste, de melancólico, de casa de silencio y de duelo.

Sin embargo hay fiesta en la finca.

A la sombra de álamos y sauces, se ven bostezar varios de esos bravos caballitos mendocinos que Fader ha pintado con asombrosa verdad; se ven dormir varias de esas gallardas mulas andinas, la mitad del cuerpo oculto en la silla montañés, de la que penden los estribos de cuero con guardamontes y *capacho* en la cabeza enteramente oculta con los innumerables caireles de lonja.

Y desde adentro, desde la sala —cuya puerta perfuman como boca de mujer, tupidos racimos de glicinas,— las guitarras lanzan torrentes de armonías.

Las «tonadas» chilenas —que traen reminiscencias del viejo romance español,— se balancean en cadencias de una dulzura y de una melancolía de cosas muy lejanas, de cosas idas: cantos dolientes de una raza desesperanzada; cantos que parecen coros de viudas sin consuelo junto al túmulo del esposo muerto. Cada compás es un quejido; cada estrofa un lamento, y cuando la música cesa y las voces callan, parece que se escuchara el susurro de un eco quejumbroso, el eco de ruegos extraños

que fueran resbalando por las peñas de las cumbres, sin encontrar abismo asaz profundo donde disolverse en las sombras.

Hay fiesta en la finca. La hija del patrón se casa, se casa con un joven y gallardo cabuyera, y por eso gimen las guitarras, y por eso se doran los chivitos en las parrillas y las empanadas en el horno, y por eso brillan las *tabletas*, sobre cuyo hojaldre de plata correrá en torrentes de rubí el *vino viejo*.

Adentro, en la sala, que las glicinas perfuman, la alegría rueda incesante como el agua de la acequia.

Pero enfrente, a la puerta de mísera habitación, una criollita enlutada, cuyo rostro redondo, bello pálido y triste, sombrea el gracioso manto chileno, clava sus enormes ojos negros, húmedos de pena, en la planicie sin término, en la desolada pampa, donde rojean las arenas estériles, en la terrible *travesía* que apenas animan los *jumes* argentados, la *zampa* sombría, las tropas de *jarillales* el *piquillín* y el *chañar*.

Luego, lentamente, muy lentamente, la cabeza se inclina y la mirada se fija en el pequeñuelo que dormita entre mantas, en el cajón que le sirve de cuna.

Y luego, lentamente, muy lentamente, la mirada de los ojos negros y húmedos va hacia el cielo azul, el cielo profundo, el cielo remoto, ese cielo amedrentador de Mendoza que parece huir ante la vista del que observa, cuyo espíritu arrastra hacia lo infinito.

Después, como las guitarras han cantado de nuevo y las alegrías salen de la sala al patio haciendo temblar los racimos de glicinas, la criolla se estremece y se seca cual abrazada por el viento Zonda; crispa las manos, torna a mirar al pequeñuelo sin padre que le recuerda a toda hora su infelicidad y su deshonra. Se inclina, lo besa con estrépito, se endereza, y, sin duda para refrescar su espíritu clava la mirada de sus enormes ojos negros en el bonete nevado del Tupungato, que fulgura sobre la gigante gradería de peñascos oscuros, en tanto el sol, castigando la sábana rojiza, hace volar en polvo impalpable la tierra atormentada por la sed.

## Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó

de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.